

Queridos hermanos y hermanas,

En su viaje a Galilea desde Judea, Jesús debe pasar por Samaria y se detiene junto a la ciudad de Sicar, ciudad capital de Samaria, donde estaba el famoso pozo de Jacob, que era el orgullo de los samaritanos. Samaria fue conquistada por el imperio Asirio del norte en el año 722 antes de Cristo y, desde entonces, su población había ido mezclándose con los paganos llevados allí. Por eso, a pesar de su origen común, entre los judíos de Judea y los samaritanos había enemistad y el paso obligado de los judíos por Samaria era rápido y cuanto más rápido mejor.

Pero Jesús no tiene reparo en detenerse en Sicar. Cansado de aquellos caminos polvorientos y a la hora de mediodía, el Maestro envía a sus discípulos a la ciudad y se sienta junto al pozo de Jacob a esperar. Es entonces cuando llega una mujer samaritana y se inicia el diálogo que acaba de ser proclamado y hemos escuchado en el Evangelio de este domingo tercero de Cuaresma.

*“Dame de beber”*, el antiguo recelo hacia los samaritanos, que retraía a los judíos incluso de hablarles o utilizar sus utensilios, es roto por Jesús. Ella se sorprende mucho ante esta petición, pero enseguida se da cuenta de que también ella debe romper los prejuicios y pide a Jesús que le dé un agua mejor que la del famoso pozo. La mujer entiende enseguida la insinuación de Jesús: que Él es mayor que Jacob y su pozo y el agua que le ofrece es maravillosa. La samaritana queda entonces prendada de la idea que se forja de esa agua y se la pide a Jesús para no tener nunca más sed.

El agua que promete Jesús no es el agua material como la del pozo: No es para saciar nuestra sed natural, sino nuestra sed de Dios. En el Éxodo, el agua de la roca simboliza la acción de Dios. De una roca no mana agua. Es don de Dios.

Y el verdadero “don de Dios” es Jesús, a quien la samaritana tiene delante y aun no reconoce. Jesús va preparando a la mujer para recibir esta agua. En primer lugar, haciendo que reconozca su situación de pecado, con cinco maridos distintos. La samaritana va entrando hasta el fondo en el pozo de su alma y la samaritana comienza a interesarse por Dios: dónde hay que adorarlo y tras la enseñanza del Maestro intuye la auténtica sed de su alma: menciona ya al Mesías; descubre que lo tiene delante y va a anunciarlo a los suyos.

Queridos hermanos, este célebre pasaje del evangelio de san Juan narra un itinerario de conversión precioso provocado por el mismo Jesús. Por ello la Iglesia nuestra Madre nos pide escucharlo y meditarlo en este tercer domingo de Cuaresma. Está escrito para nosotros, hoy. Tiene carácter universal. Está escrito para todos y para todos los tiempos. Hemos de vernos reflejados en él. Así lo pedimos al Señor por intercesión de María, nuestra Madre.